

LIBRO SEGUNDO.

DIFERENTES MEMORIAS SOBRE MUCHAS VARIEDADES DE
LAS RAZAS HUMANAS.

1. DE LOS ARAUCANOS (1).

A la estremidad meridional del nuevo continente viven esparcidas numerosas tribus, la mayor parte ignoradas, ó acerca de las cuales no se tienen en Europa mas que nociones vagas é inciertas. Los hechos que vamos á citar no arrojarán grandes luces; pero serian interesantes aun cuando no se sacasen de ellos mas que algunos datos nuevos y útiles para establecer alguna aproximacion.

La tribu de los araucanos habita la parte de la América meridional que está situada al Sur del viejo Chile, entre los Andes y la mar. Los españoles han temido siempre el carácter belicoso de los araucanos

(1) Si se desean mas pormenores acerca de estas tribus, consúltese el *Voyage á la mer du Sud* de Frezier, París, 1732, in 4.º

á quienes nunca han podido domar, y con los cuales han estado en perpétua hostilidad hasta estos últimos años. Las tropas de Chile se han mostrado frecuentemente débiles al medirse con estos pueblos; y si los dominadores de la América en los tiempos de Pizarro y de Cortés hubiesen hallado en los peruanos y mejicanos enervados, una débil parte de la energía de los araucanos, jamás habria tenido que lamentarse la humanidad de los excesos cometidos en su sangrienta conquista, y la sed sanguinaria y codiciosa de los Almagros y de sus compañeros habria pagado muy caros los primeros actos de injusticia que hubiesen cometido.

Los araucanos forman un pueblo belicoso dividido en tribus nomadas y sedentarias, que habitan en lugares regidos por un cacique, y reunidas entre si por una especie de federacion presidida por el mas experimentado y anciano de los gefes. Las tribus mas inmediatas á Chile no están separadas de la provincia de la Concepcion mas que por el rio Biobio, y se han propagado hasta los muros de la ciudad de Valdivia, cuyo territorio queda asi muy limitado.

Las costumbres de estos pueblos, aunque bajo la influencia de un principio de civilizacion, son inclinadas á la crueldad. Unas costumbres guerreras dedicadas á los medios de caer sobre un enemigo y de despojarle de cuanto tiene, ni mas ni menos que los beduinos, no dejan germinar la compasion é ideas filantrópicas, que son fruto de las instituciones perfeccionadas. Entre estos hombres todo se sacrifica al egoismo personal y de la familia: y este sentimiento que parece que es el gran móvil de todas las acciones humanas, no está oculto en ellos por algunas cualidades felices. El derecho del mas fuerte es su suprema ley y no conocen otra.

Los caracteres físicos de los araucanos están muy

lejos de ser atractivos. Los hombres de esta tribu son robustos, vigorosos y notables por un sistema muscular eminentemente pronunciado; su talla mediana y mal trazada: su cara cobriza, aplastada y ancha, impregnada de ferocidad por un mirar sombrío y desconfiado, labios gruesos, barba redonda y abultada, cabello largo, espeso y muy negro, vientre por lo común saliente, gestos atrevidos, dan al conjunto de sus facciones un carácter selvático repugnante. Aunque la mayor parte de los autores miran á estos pueblos como procedentes del mismo origen que los peruanos, las relaciones que han establecido no se apoyan mas que en suposiciones en que no es posible detenerse un solo instante cuando se han visto individuos de estas dos ramas. Los peruanos se diferencian de los araucanos tanto en lo físico cuanto en todas las costumbres de su vida.

Un oficial chileno, ayudante del general Freire, presidente de la república, á quien los azares de la guerra condujeron prisionero al seno de aquellas hordas, nos proporcionó durante nuestra permanencia en Chile algunos datos relativos á sus costumbres, y nos refirió ciertas particularidades que el mismo general apoyó con su testimonio.

La provincia de la Concepcion, baluarte de Chile por la parte del territorio de los araucanos, ha sido casi siempre el teatro de sus invasiones. Su solo nombre inspira terror pánico, y las ciudades de la Concepcion y de Talcaguana saqueadas por ellos hace algunos años, conservan señales duraderas de su irrupcion. Las continuadas inquietudes que experimentaban los gobernadores españoles cuando Chile dependia aun de la corona de España, los indujeron por los años de 1810 á emprender una guerra activa y sostenida contra aquellos pueblos. Despues de varias vicisitudes, el éxito coronó sus esfuerzos; y los

araucanos rechazados dentro de los límites de sus fronteras, se tuvieron por afortunados en ajustar una paz, por la cual dieron rehenes; pero la rompieron en 1815 á instigacion de los realistas, particularmente del famoso Benavides. Habiendo conseguido los republicanos arrojar de Chile á los europeos, reunieron todas sus fuerzas contra los araucanos, á quienes pusieron en la imposibilidad de poder ser los agresores en mucho tiempo. Construyeron tambien un fuerte en Biobio en un desfiladero que domina la entrada del territorio de aquellos pueblos. Despues fueron ganando por medio de regalos y de suavidad á los caciques de muchas tribus, y formaron un cuerpo de caballería, compuesto de araucanos, cuyo modo de pelear y aire es semejante al de los cosacos.

Un araucano no se entrega jamás á ningun trabajo manual; creeria que se rebajaba y envilecia. Su principal y casi única ocupacion, es la de domar un caballo. Sabido es que este precioso animal, abandonado á sí mismo en las vastas pampas del Sur de América, se ha multiplicado de un modo prodigioso, y que viviendo libre en numerosas reuniones, ha conservado el vigor y energía que jamás ha disminuido la domesticidad. Los araucanos no se toman el trabajo de criarlo: se acostumbra desde la infancia, como los peones del Paraguay, á enlazarlos al gran galope y cambian ó renuevan su montura sin trabajo y sin cuidados. Pocos hombres pueden citarse como mejores ginetes: así es que en sus combates han empleado frecuentemente una estratagema que consiste en colocarse sobre uno de los flancos, agarrándose á él con una pierna, y se enderezan con vigor cuando avanzan sobre un enemigo sorprendido, ó aun cerca del cual su lazo no ha producido efecto. El pie de los caballos que montan es tan seguro, ó su destreza para dirigirlos tan perfecta, que se les ha visto ba-

jarse con rapidez aun en las cuestas mas pendientes de las altas colinas.

Acostumbrados á beber en sus lugares un licor fermentado, llamado *cici*, que sacaban de muchas plantas, y particularmente del maqui (*aristotelia maqui*), han tomado los araucanos, en sus relaciones con la provincia de la Concepcion, un gusto desordenado á las bebidas alcohólicas, y la embriaguez es para ellos la verdadera imágen de la felicidad.

En todos los pueblos que se hallan en la infancia de la civilizacion la suerte de las mugeres es una dura esclavitud; pero en las tribus dedicadas á la guerra es donde mas particularmente es penosa su condicion. Las mugeres de los araucanos no son á los ojos de sus maridos mas que unas bestias de carga destinadas á llevar todo el peso de la vida, sin participar de ninguno de sus gozes. Asi es que ademas de los cuidados que exige lo interior de la cabaña, están encargadas de otros mas penosos como son levantar las murallas y labrar las tierras que les dan la base de su subsistencia. Tienen ademas la obligacion de acompañar á sus maridos en las expediciones militares, cuidar su caballo, ensillarle y ponerle la brida en el momento de la accion, y quedarse en la retaguardia para recoger y cuidar el botin que hagan sus maridos.

A los muchachos los acostumbran desde la mas tierna edad á galopar en caballos fogosos y medio silvestres, y los *indillos* como los llaman los chilenos, se forman excelentes ginetes. En la ciudad de la Concepcion hay muchísimos cedidos por sus padres pobres á los vecinos que los ocupan de sirvientes.

Los araucanos se alimentan casi unicamente con carne y sus provisiones en los viages se reducen al *starke*, que son unos pedazos de carne secos al sol y endurecidos á manera de correas. Tambien comen

algun maiz toscamente quebrantado y asado. Pero sea efecto del desaseo que los cubre, sea la influencia de un alimento casi esclusivamente animal, su sudor exala un hedor detestable, conocido en el pais con el nombre de *soreno*.

En los primeros tiempos de sus guerras con los españoles, los araucanos no hacian prisioneros. Los que hacen en el dia, los llevan tierra adentro y los destinan á guardar los ganados.

La ferocidad natural de los araucanos puede calmarse pasageramente, pero jamás del todo, y siempre que pueden abrazan con ardor las ocasiones de satisfacer su inclinacion al robo. Llegamos á Chile á principios de enero de 1823, y algunos meses antes las tribus maritimas habian acogido bien á cuatro buques de los destinados á la pesca de la ballena, surtos en la isla de Santa Maria, cuyas tripulaciones no tuvieron la debida desconfianza, y no guardaron las precauciones mas importantes. Esta ciega seguridad fué causa de su ruina, pues atacados de improviso, fueron asesinados sin que escapase un solo hombre, y despues hicieron pedazos los barcos. Estos acontecimientos que muchos nos refirieron, no los confirmó igualmente el capitán Choice, comandante del ballenero inglés el *Sarah Ann* que estaba anclado entonces en la costa de Chile.

Las armas de que los araucanos hacen uso, se reducen á la lanza, que manejan con una destreza poco comun. No gustan de armas de fuego, aunque tambien se las han proporcionado en sus trueques con los habitantes de Valdivia y de la Concepcion. Las lanzas que hemos visto en sus manos tienen un hierro como de cuatro dedos de ancho y dos pies de largo, y el asta es un largo bambú derecho y sólido que se cria con abundancia en aquella parte de la América. Aunque esta arma tenga un mango tan

largo, la manejan con la misma facilidad que un ginete europeo maneja su sable; y todos los oficiales independientes nos hablaron de esto en términos que nos parecieron exagerados: Los araucanos pelean por el estilo de los cosacos, sin orden pero con extraordinario ardor; tan verdad es que la analogía en el suelo influye en las analogías morales: efectivamente, viviendo los primeros en medio de los bosques y de las pampas situadas al pie de los Andes, han debido plegarse á los usos que las estepas hacian obligatorios á las tribus tártaras. Otro modo de pelear que acostumbran consiste en servirse del lazo con que se apoderan de su enemigo, como si dijéramos, al vuelo, ó bien arrojándole unas bolas atadas en las puntas de una larga correa que se enreda en los pies de los caballos, y que teniéndola bien tirante sirve para dejar caer á los ginetes.

Para conservar la memoria de sus acciones emplean unos *quipos*. El traje principal de un araucano es el poncho, que es un pedazo de tela cuadrilátero con un agujero en el medio para meter la cabeza, y destinado para cubrir la parte superior del cuerpo. Este poncho, cuyo uso han adoptado todos los chilenos, es de lana de Guanaco tegida por las mugeres.

Es una especie de furor su gusto por el baile. Este al principio consiste en pasos lentos y graves, mesurados y sin gracia, y concluye animándose gradualmente con movimientos bruscos, desordenados y que participan del delirio. El canto que le acompaña es triste, monótono, y apoyado siempre en una nota baja y gutural. El baile que mas les agrada y mas de moda en aquellas tribus es la *zapatera*: del mismo modo que todos los pueblos que están aun inmediatos al estado de libertad, no es mas que un episodio dramático de la vida, esto es, que está destinado á reproducir escenas de amor. Esta *zapatera* que bailan so-

lamente un hombre y una muger, pinta muy bien y con bastante viveza, toda la historia de lo que se llama amor: primeramente las atenciones y cuidados, despues la inteligencia, los ligeros favores, las rabietas que acompañan y las reconciliaciones, y concluye por último con el desenlace conocido. De aqui resulta que este baile, pausado y ceremonioso al principio se anima y concluye con los movimientos mas desordenados y licenciosos. En el placer que brilla en los ojos de los que bailan se puede apreciar cuanto se identifican estos pueblos con su papel, y no se han desdeñado las señoritas españolas de Chile de adoptar esta zapatera, que no es mas que el diminutivo del fandango, en el número de sus recreaciones.

Puesto que acabamos de hablar de la excesiva inclinación que los araucanos tienen al amor, en lo que no son mas exclusivos que todos los pueblos no civilizados, citaremos sin salir garantidos de la autenticidad, una historieta que frecuentemente nos contaron con complacencia en los estrados de la Concepcion. Dicese que el hijo de un cacique, en sus relaciones con las autoridades chilenas, tuvo ocasion de ver á una señorita de aquella ciudad de quien quedó ciegamente enamorado y á la cual pidió para casarse. Nada deseosa de reinar sobre tribus bárbaras, donde la suerte de las mugeres es una dura esclavitud, desechó con desden una propuesta que nada le agradaba; pero el gefe salvaje, poco acostumbrado á semejantes repulsas, intimó á los padres que se decidiesen en el término que les prefijó, ó que volveria al frente de sus tribus á pegar fuego á sus haciendas, saquear la ciudad y pasar á sus habitantes á cuchillo sin misericordia. La debilidad de las autoridades, que temian una nueva guerra con aquellos bárbaros, intervino en el negocio, y decidió á la familia á que se prestase á tan dura petición.

A estos datos mutilados se reduce lo que hemos podido saber acerca de los araucanos en su mismo país: agregaremos á estos algunos pormenores que hemos sacado de la sabia obra de Mr. Balbi, intitulada: *Atlas ethnográfico del globo*.

Los *molucos* que los españoles llaman araucanos, hablan muchos dialectos; las lenguas *chiliduga*, la *chilena* propia ó araucana. Esta nacion muy numerosa, que forma la masa principal de la poblacion del antiguo y nuevo Chile, y del que una gran parte conserva aun su independencia, se divide, segun Falkner, del modo siguiente: los *pincunches* ó *gente del Norte* que habitan en las montañas de Coquimbo hasta mas alla de Santiago, y se estienden por la parte del Este casi hasta Mendoza en el *Cuyo* ó Chile oriental. Los habitantes de esta última comarca se llaman tambien *puelches*, esto es, orientales. Los *pehuenches*, que habitan la parte de Chile comprendida entre los grados 33 y 40, toman algunas veces el nombre de *huiliches*, esto es, gentes del Mediodía, por los *pincunches*, á causa de su posicion meridional relativamente á ellos. Los que viven entre los rios Biobio y Valdivia son los *auca*, *molucos* propios ó araucanos, tan célebres por la Araucana de Alonso de Ercilla, y otros cuatro poemas de que son argumento. Esta nacion forma una poderosa republica que despues de haber hecho una larga guerra á los españoles, gracias á la sábia conducta de Mr. O'Higgim de Vallemar, presidente de Chile, reconoció la proteccion de España, á fines del siglo anterior. Una parte de esta nacion acaba de hacer un papel tan terrible como importante en la guerra que ha agitado á Chile. Los araucanos pasan con razon por la nacion indígena, aun independiente y mas civilizada de la América meridional, y parece ser el primer pueblo del Nuevo Mundo, que proporcionándose buenas razas de ca-

ballos, se acostumbró desde luego á su manejo, y formó cuerpos de caballería: segun dice el *Viagero universal*, tenia ya por los años de 1568 muchos escuadrones de caballería en su ejército. A la manera que otras muchas naciones del Nuevo Mundo conserva la memoria de un gran diluvio de que solo escaparon pocos hombres. Los araucanos saben determinar por medio de las sombras los solsticios, y su año (*sipantu*) ofrece aun mas analogía con el año egipcio que el de los aztecas. Los trescientos sesenta y cinco dias están repartidos en doce meses (*ayen*) de igual duracion, á los que se agrega el fin del año, en el solsticio de invierno (*huamathipantu*), cinco dias epagomenos. Dividen el dia natural, que empiezan á contar desde media noche, en doce partes, seis de dia y seis de noche, como hacen los chinos, los japones, los taitianos y algunos otros pueblos. Dividen las estrellas en muchas constelaciones que toman sus nombres del número de estrellas principales que las componen, como las pleyádas, la cruz antártica, etc. Ellos llaman *rupuepeca* ó camino de la mesa á la via lactea. Distiñen los planetas de las estrellas, y creen que son otras tantas tierras habitadas como la nuestra. Piensan como Aristóteles, que los cometas provienen de las exalaciones celestes, que se inflaman en la region superior del aire, y las miran como precursores de acontecimientos funestos. A pesar del estado imperfecto de sus conocimientos geométricos, tienen palabras en su lengua para designar las diferentes especies de cantidad como el punto, la linea, el ángulo, el triángulo, el cono, la esfera, el cubo. Cultivan con éxito la poesia y la medicina, cuanto es posible conseguirlo sin libros y sin escritura. La primera no es mas que un conjunto de imágenes fuertes y vivas, de figuras atrevidas, de frecuentes alusiones y exclamaciones patéticas. Los

argumentos de sus canciones son por lo comun sus hazañas y sus héroes. Sus médicos se llaman *afimbes*, y los cirujanos *gutarves*.

2. DE LOS PATAGONES.

Una gran número de viajeros han considerado á los patagones como hombres de una raza notable por su alta estatura, y á los que por esta razon les cuadraba bien el nombre de gigantes. Otros por el contrario, han reputado quiméricas las relaciones de los que mencionan esta elevada talla, y afirman que no han visto en las orillas del estrecho de Magallanes mas que pueblos cuyas proporciones no diferian de las de los demas europeos. En semejante divergencia de opiniones, acaso sería difícil presentar un resultado positivo si los hechos no se hallasen en el día terminante y sencillamente aclarados por hombres ilustrados y juiciosos.

Siempre repugna á la inteligencia convenir en que existe una raza privilegiada, que estaría así opuesta con la organizacion humana. El vulgo, amante de lo maravilloso, ha gustado siempre de hacerse ilusiones y de crear en su imaginacion gigantes de una fuerza prodigiosa, de que se han apoderado primero la poesía y despues la mitología. Por este medio nos ha conservado la fábula la memoria de los lestrigones, de los cíclopes, y de Poliphemo que empleaba un rastrillo en lugar de peine para sus cabellos, y de los titanes que quisieron escalar el cielo, etc. Fácilmente se concibe que cuando los primeros aventureros atrevidos se lanzaron á las nuevas tierras magallánicas ó del mar del Sur, y publicaron sus viages, debieron producir una viva sorpresa las

novedades que contaban, no sin mezclar algunas mentiras. Su pintura de los patagones que vivian á orillas del famoso estrecho abierto á la estremidad del Sur de la América, debió sobre todo parecer extraordinaria; y cuando nuevos viajeros desmintieron despues á los que les precedieron y negaron la grande estatura de aquellos mismos hombres, la opinion quedó indecisa entre las distintas narraciones, y adoptó como sucede á menudo, y sin hacer concesiones, tal ó tal modo de ver. ¡Cuántos autores no han tratado de mentiras confirmadas, lo que otros miraban como una verdad palpable y consentida. No se puede menos sin embargo de admitir como un hecho positivo que hombres notables por su grande estatura habitan á temporadas las orillas del estrecho de Magallanes, y que á veces algunas tribus mas miserables y de estatura mediana se dejan ver por allí, y dan así á los europeos que se encuentran entonces una idea opuesta á la comun creencia acerca de los patagones. No se debe dejar de confesar con todo que muchos escritores exageran cuando al tratar de la estatura de aquellos naturales dicen que llegan á ocho y á diez pies ingleses; por lo tanto conviene mas atenerse á las narraciones de los viajeros modernos mas amigos de la verdad, que la reducen á proporciones mas conformes con las nuestras, y que nos muestran á la tribu de los patagones como una raza que se ha conservado pura, dotada de un fisico imponente, y llena de fuerza y de vigor. En el estado actual de lo que sabemos acerca de aquellos pueblos, es sin duda mas sencillo clasificar las distintas opiniones que sobre ellos se han omitido.

Magallanes, cuyo nombre es inseparable del del famoso estrecho que descubrió, es el primer navegante que hace mencion de la alta estatura de los patagones. La medida aproximada que él indica es la de

seis pies y medio poco mas ó menos. La Barbinais adoptó una tradicion de los peruanos consignada en la Historia del Perú del inca Garcilaso y en las obras de Torquemada que cita «que los peruanos, al bajar de las montañas despues de un diluvio, hallaron los llanos ocupados por una raza de gigantes cuyas costumbres eran feroces.» Turner, en fin, (1610) dice que vió una raza de gigantes á orillas del rio de la Piata; y aun hace la descripcion de los huesos que supone haberles pertenecido. En 1592 Cavendish levantó hasta catorce palmos de alto á los patagones que midió. El embustero Sarmiento (1579), que por todas partes veia castillos y columnatas no vacila en decir que el patagon de quien ellos se apoderaron era gigante entre los gigantes. Hawkins dice de estos pueblos que su alta estatura les ha hecho dar el nombre de gigantes por muchos viajeros. Pigafetta (1519) supone que los del puerto de San Julian tienen ocho palmos ó siete pies. Knivet (1592) da quince ó diez y seis palmos á los gigantes del puerto Desiré; y superando aun á los que le precedieron Sabald de Wert concede hasta diez ú once pies de alto á los que vió en la bahía Verde. Olivier de Nort (1598) halló en el puerto Desiré unos hombres de grande estatura, cuyo mirar era terrible, llamados tiremenenos, y de once á doce pies de estatura. Santiago Le Maire y Guillermo Schouten (1615) hablan de las osamentas de los patagones que desenterraron, cuyas dimensiones les probaron que aquellos hombres tenian once ó doce pies de alto.

Byron (1764) que comunicó con los patagones, cuyo número era de mas de quinientos, los pinta como hombres de los cuales el mas pequeño no tenia manos de ocho pies ingleses, y habia otros muchos mas altos. Wallis (1767) vió en la bahía Isabel dos grupos de naturales cubiertos de pieles de becerros

marinos, y que exalaban un horrible hedor. Eran de una talla mucho mas pequeña que los que se habian visto anteriormente, y el mas alto de ellos no tenia mas de cinco pies y cinco ó seis pulgadas.

Cook en su primer viage (1769) describe de este modo á los naturales á quienes vió en la bahía del Buen Suceso: «Son gordos y mal formados; su estatura es de cinco pies y ocho ó diez pulgadas; las mugeres son mas pequeñas, y no pasan de cinco pies.» Mr. de Bougainville no ha visto á ninguno que tuviese menos de cinco pies y cinco ó seis pulgadas, medida francesa, y ninguno que tuviese mas de cinco pies y nueve ó diez pulgadas. Mr. de la Giraudais, comandante del *Etoile* (1766), dice que el menor de los que él vió tenia cinco pies y siete pulgadas; y Mr. Ducloux Guyot, capitan de la fragata el *Aquila*, vió otros muchos mas altos. Forster, hablando de los patagones se espresa en estos términos, pág. 251: «Es un extraño fenómeno ver toda una nacion conservar una estatura tan noble, al paso que al Sur del estrecho de Magallanes, en la Tierra del Fuego, se halla una raza que ha degenerado, que parece descende de la tribu de los huilliches, descrita por Falkner. (*Description of Patagonia*).»

La expedicion de Malespina al estrecho de Magallanes, ha dado pormenores positivos sobre este asunto, y nos parecen concluyentes. Observaron que la talla media de los patagones es de seis pies y medio, y que los mas altos llegaban á siete pies y una pulgada. Observaciones de esta clase en el siglo XIX son decisivas, y por otra parte están corroboradas por las de Mr. Gauthier, capitan de un ballenero francés que los vió últimamente.

Sin embargo, si en Pernetly, Frezier, el P. Feuillée y demas autores que hemos citado, se hallan testimonios tan unánimes, se encuentran igualmente

otros que los contradicen como Wood, Narborough (1670). «Los patagones del Abra de San Julian son de una talla mediana, pero bien hechos, dice este navegante.» De Gennes (1696) se espresa asi: «Son estos patagones (Puerto Famine) que algunos autores dicen que tienen ocho ó diez pies: el mas alto de ellos no llegaba á seis.» En la actualidad (1825) el marino inglés Weddell pone en ridiculo las narraciones de los viajeros precedentes, que representan á este pais habitado por una raza de gigantes. Dice que segun los datos que pudo proporcionarse, su talla no se diferencia de la de los habitantes de la Tierra del Fuego, que es de cinco pies y cinco ó seis pulgadas lo mas.

Tales son los datos mas auténticos que hay hoy para abordar una cuestion interesante en sí misma, y que por mucho tiempo há sido el objeto de la estremada curiosidad de las personas instruidas. No se puede negar que verdaderamente no existan en ciertas épocas hombres de grande estatura en las vastas pampas del estrecho de Magallanes. No se puede menos de convenir por otra parte que pueblos de la talla comun habitan allí igualmente, y que sucesivamente tomadas la una por la otra, han sido el origen de la discordia que se echa de ver en las relaciones que en sustancia hemos referido.

Sabido es en efecto que la Tierra del Fuego, la tierra de los Estados están pobladas de hordas miserables desmedradas por la inclemencia del clima. Todos los navegantes pintan á los pesquerais como á unas asquerosas criaturas. Por otra parte, los españoles han escrito que las tribus numerosas que están esparcidas en las partes australes de la América varían hasta lo infinito, y que entre razas de aventajada estatura, se hallaban á veces tribus de estatura mediana y ordinaria; y los náufragos del Wagger de la es-

cuadra de Anson, que atravesaron todos aquellos países, están de acuerdo sobre este particular. Pero estas tribus errantes, á manera de los tártaros, cambian de lugar con sus familias á medida que se agotan los pastos en los sitios que frecuentan, se han trasportado á menudo á grandes distancias; y no se puede dudar que los patagones mismos no estén en semejante caso, y que no recorran aquellos inmensos desiertos segun las épocas y las estaciones. Muchos autores dicen que los *huilliches*, que habitan desde el archipiélago de Chonos hasta el golfo de Pennas estienden sus correrías hácia la entrada del estrecho. Lo mismo sucede con los puelches ó montañeses, entre los cuales los hay hasta de siete pies de altura, y que cree Falkover que son los mismos que muchos viajeros mecionan en el Abra de San Julian ó en el puerto Famine. Los *tehuelts*, tribu de las precedentes, que habitan entre la comarca desierta y los Andes, que comunmente tienen seis pies y con frecuencia siete, acostumbrados al caballo que manejan con destreza, serian igualmente los patagones montados sobre caballos de los naturales modernos. Segun el mismo misionero no están confinados estos pueblos á lo que habitualmente se llama Patagonia, la cual comprende el Sur de la América, partiendo de los cuarenta y seis grados de latitud.

Sin convenir ciegamente en la alta estatura que se da á los patagones por los escritores antiguos, no se puede en el dia dejar de creer, á menos de una excesiva incredulidad, en que existe una raza de hombres robustos, de grande estatura; que sin ser gigantes superan mucho en estatura á los europeos. Establecidas estas tribus bajo un cielo templado y aun frio, no están desmedradas por efecto de un frio excesivo como los habitantes del polo; y aun se ha observado que desde el cuarenta al cincuenta grados era

mas propicio el clima para conservar á los hombres el desarrollo de su estatura, que se comprime y achica en las latitudes mas elevadas. Tal fué el Norte de la Europa llamado *officina gentium*, y que por mucho tiempo inundó los estados vecinos de aquellos hombres de alta talla y cabellos rubios conocidos con el nombre de normandos, etc. Los naturales de la Tasmania son mas altos y desarrollados que los de la Australia; y se ha observado en el Puerto-Jackson, donde corre como opinion vulgar, que los hijos de los colonos crecen considerablemente, y que aventajan en talla á sus padres.

A pesar de esto no se debe deducir que la talla de los hombres se disminuye á medida que se acercan al ecuador y á los polos, porque hay numerosos ejemplos que prueban lo contrario. Asi los oceánicos son hombres aventajados, bien vivan entre los trópicos, bien habiten la Nueva Zelanda, y se hallan estas mismas ventajas entre los naturales de muchos parages de la Nueva Bretaña, lo mismo que entre muchos de varias partes de Africa, como bajo la línea y el Congo. Sucede lo mismo cuando se buscan estas mismas leyes en el reino vegetal. Asi el *eucalyptus*, el gigantesco *araucaria* cubren con sus bosques el hemisferio austral (el ecuador tiene el *boabad*, y el Norte sus pinos seculares). Solamente cerca de los polos, en la Groenlandia, como en la Nueva Shetlandia, es donde los árboles se convierten en yerbas, y en donde una naturaleza agonizante imprime su sello sobre las producciones animadas, y aun sobre el hombre.

Los patagones conservan por relaciones puras y sin mezcla la alta talla que los distingue. Asi es como diversos pueblos de Europa presentan todavia diferencias generalmente conocidas. Los sajones, los daneses, los noruegos y suecos son mas altos que los franceses; estos que los portugueses; los habitantes

de las llanuras que los de las montañas, etc. Las relaciones de unos pueblos con otros y los cruzamientos que de ellas resultan, destruyen estas diferencias al cabo de algun tiempo. Pero entre estos pueblos aislados que no tienen relaciones con otros, este resultado tarda mucho mas tiempo, como es fácil presumir. Los pueblos que aun hoy dia se citan como dotados de aventajada estatura, ademas de los que acabamos de nombrar, son en Europa los montañeses de Escocia, de la Stiria, del Tirol, los habitantes de la Frisia, de la Angermania, de la Hericodalia, del Norte de la Inglaterra, etc.; y antiguamente los galos y germanos; en Asia, los montañeses de Coimbatore, del Butan, los katties, los negros de Formosa, mencionados por Valentin etc., en Africa, antiguamente los guanches, y actualmente muchos pueblos de la Cafreria y los holandeses del Cabo de Buena Esperanza; en la Oceania, los indigenas de las islas Bali, Santa Cristina, de los Navegantes, de las Marianas, los passummah de Sumatra, los cagayanes de Luzon, etc.; en América, los mocobyes, los abipons, los guaycurus, los paiaguas, los caribes, los emerillones, los arkansas, y en general las naciones que están al Este de las montañas Rocosas.

Del mismo modo que hay numerosas escepciones entre los pueblos, hay tambien escepciones individuales entre los hombres, dándoseles entonces el nombre de gigantes. La *Biblia* nos pinta á Goliath de diez pies y medio de estatura: tambien nos habla de los gigantes hijos del demonio y de las hijas de la tierra, Og, rey de Basan, los gigantes de Enoc, en cuya comparacion los demas hombres no eran mas que insectos.

Nuestras antiguas leyendas se han complacido en pintarnos la alta estatura de algunos de los caballeros errantes del tiempo antiguo; se han visto sus esque-

letos, y huesos fosiles de animales que la ignorancia ó el error atribuyeron al paladín Rolando ó Reinaldo, ó á algunos otros valentones tan célebres, han testificado á los ojos del vulgo la verdad de nuestras antiguas crónicas.

Sin remontarnos tanto sabemos que la naturaleza, que disminuye á ciertos seres, parece por una ley compensada de la materia, distribuirla en algunos otros para producir todos los días á nuestra vista individuos de alta estatura; pero prudente y sábia aun en medio de sus estravios, no se ve jamás que traspase ciertos límites, y el maximun de su poder, para crear lo que llamamos un gigante, parece contenerse entre seis y siete pies.

Tal es la talla á lo menos que sabemos es la de algunos hombres que se ofrecen á la curiosidad pública, y entonces es cuando una justa reflexion sobre nosotros mismos nos hace mirar como desmesuradas unas proporciones que no guardan relacion con las nuestras. Así es que adquirieron celebridad los soldados de la guardia de Federico, rey de Prusia, notables por su elevada estatura.

En tiempo del emperador Claudio, dice Plinio que existió el gigante Gabbare que tenía nueve pies y nueve pulgadas de alto. Martín Debrío vió en Ruan el año de 1579 á un piemontés que tenía mas de nueve pies. Julio Scaligero vió en Milan á un hombre de talla desmesurada. La *Gaceta de Francia* del 21 de setiembre de 1719 anunció que se había hallado cerca de Salisbury un esqueleto humano de nueve pies y cuatro pulgadas. Gaspar Bahuin habla de un suizo que tenía ocho pies de alto; y Vanderlinden, un frison de igual talla. Stoller refiere que un soldado de la guardia de Guillermo I tenía ocho pies y medio. Segun los egemplos que tomamos de Mr. Virey, y con los que podriamos harto inútilmente aumentar esta

lista, el célebre anatómico Diemesbroek cita un hombre de ocho pies y siete pulgadas; y Uffenback ha visto el esqueleto de una muchacha de igual talla.

En fin, todo el mundo vió en Paris por el mes de febrero de 1826 á Luis Baguelin, por mote el moderno Goliath, de edad de veinte y dos años, de siete pies de alto, y perfectamente proporcionado. Semejante hombre puede darnos la idea mas exacta de los patagones; y no repugna de ningun modo creer que estas tribus no puedan presentar bastante comunmente lo que la naturaleza no produce en Francia sino como un fenómeno raro y curioso.

3. DE LOS ESQUIMALES (1).

Si hemos visto que una raza privilegiada y grande habita la estremidad meridional de la América, hallaremos por oposicion, en la parte boreal, una rama distinta dividida en muchas ramas secundarias, que presentan la misma fisonomía y las mismas costumbres.

Los pueblos que llamamos esquimales, y que viven en las altas latitudes del Norte, están sometidos en el mas alto grado, á la influencia que puede ejercer al clima sobre el hombre, como sobre los demas seres animados. Su fisonomía, sus costumbres, todo prueba que su descendencia proviene de la raza mongola; y sin embargo reducidos en su talla, desmedrados por los frios intensos de las regiones heladas del polo Norte, en cuyos limites están esparcidos, han

(1) Esta noticia fué redactada primitivamente para el cuadro número 36 para el *Atlas ethnografico del globo*, por Mr. Adrien Balbi.